

jaba mas perspectiva que la de las Horcas Caudinas. A todos se les alcanzaba esto, y nadie se atrevia á decirlo. Murat, cuyo corazon excelente buscaba un consuelo que ofrecer á Napoleon, repitió muchas veces que el terreno se hallaba cubierto de cadáveres austriacos, prusianos y rusos, y que nunca, excepto en el Moskowa, se habia hecho semejante matanza de enemigos, lo cual era exacto. Pero quedaban muy bastantes, y sobre todo iban á venir de sobra para reparar las brechas de esta muralla viva, que se elevaba poco á poco alrededor nuestro. De consiguiente no quedaba otro arbitrio que el de la retirada inmediata por el camino de Lutzen, para no dar lugar á que la avenida de Lindenau se cerrase muy pronto. Paseándose Napoleon á pié con sus lugartenientes, bajo un cielo triste y lluvioso, en medio de los tiradores que apenas disparaban algunos tiros, rendidos como estaban por el cansancio de una parte y otra, pronunció personalmente y antes que otro alguno la palabra de retirada, que no se atrevia á proferir nadie. Le dejó decir entre un silencio que esta vez equivalia á la aprobacion mas evidente. Con todo, tambien la retirada ofrecia graves inconvenientes. Sin mentir, tanto como nuestros enemigos podiamos calificar de victoria la batalla dada, pues de continuo habiamos repelido y arrollado á los coaligados sobre el terreno y hasta les habiamos quitado parte del mismo. No obstante, le daría su verdadero significado, como en Lutzen y Bautzen, la aptitud que se tomara al dia siguiente. Si nos retirabamos, la batalla seria calificada de derrota. Esto era como confesar de repente á la faz del mundo que se nos habia vencido en una decisiva jornada, cuando al re-

vés habiamos abrumado al enemigo en todas partes. De cruel se resentia esta confesion á todas luces; y no paraba aqui todo. ¿Qué iba á ser con efecto de los ciento setenta mil franceses dejados en Dresde, Torgau, Wittenberg, Magdeburgo, Hamburgo, Glogau, Custrio, Stettin, Leipsick, como base de un edificio de grandeza, que se habia hecho gala de poder levantar en una batalla? Entre el número se contaban muchos enfermos, muchos tullidos; pero era posible sacar de estas plazas de ciento á ciento veinte mil excelentes soldados, que, unidos á los que aun quedaban de nuestros combatientes, harian la frontera del Rhin invencible. ¿Podrian agruparse y formar sucesivamente una masa, capaz de volver á abrir por Hamburgo y Wesel el camino de Francia? Esta era la cuestion magna, ¿tendria bastante talento para concebir este plan y bastante osadia para ejecutarlo, el general que mandaba en Dresde, siendo el único que se hallaba en proporcion de iniciar este movimiento?

Asi lo de declararse en retirada equivalia á añadir á la confesion de una derrota una pérdida irreparable, pérdida emanada de una falta enorme, la de haber querido conservar hasta el extremo los elementos de una grandeza imposible de restablecimiento, pérdida en fin desconsoladora, cualquiera que fuese su causa. No se puede censurar á Napoleon por haber consumido en horrosas perplejidades el dia 17 de octubre, sin juzgar muy superficialmente de los movimientos del corazon humano. Declararse vencido á sí propio en un general encuentro, abandonar de seguida á ciento setenta mil franceses metidos en las plazas del Norte, sin algunas horas de meditacion, de sentimiento, de

esfuerzos intelectuales, para ver de hallar otra salida, constituía un sacrificio que fuera poco justo pedir á un carácter cualquiera. Además, otro sacrificio cruelísimo había que hacer retirándose sin demora, y era el de Reynier, que á la sazón marchaba cercado de enemigos, y que no podía llegar sino en el curso del 17 de octubre. Por tanto urgía necesariamente contemporizar durante la mayor parte de este día. Entonces, despues de pasar delante de los ejércitos de los coaligados veinte y cuatro horas, se podría decir que se les había esperado largo tiempo como en un desafío, y que, habiéndolos esperado sin fruto, se había levantado el campo á fin de volver á ganar una línea mas ventajosa. Por otra parte, convenia sobremanera conceder algo de descanso á los soldados rendidos de fatiga: convenia sobremanera dar algun conjunto á los cuerpos desorganizados por el combate, aprovisionar con el gran parque los parques de los diversos cuerpos exhaustos de municiones, cosas indispensables todas, si se tenia encima al enemigo en la retirada. De consiguiente la sola conducta que acomodaba á Napoleon y que se debía aconsejarle, era la de esperar un día y levantar por la noche el campo, si bien á condicion de abrazarla resueltamente y de prevenirlo todo para que la retirada empezara á la caída de la tarde, y de manera que en la mañana del 18 no tuvieran delante los coaligados mas que fugaces retaguardias.

Desgraciadamente las perplejidades de Napoleon fueron excesivas. Un inmenso orgullo sometido á la mas terrible prueba, y apoyándose a mayor abundamiento para su resistencia en muy fuertes razones, le retuvo todo el día y sin prescribir casi

nada. Unas veces solo, otras acompañado de Murat, del príncipe Berthier, de Mr. Daru, se paseaba místico, caviloso, repitiendo dolorosamente á cada instante que no había otro arbitrio que el de emprender la retirada, si bien no resolviéndose á ponerlo por obra, y complaciéndose en creer que el enemigo inmóvil durante el 17 de octubre, tampoco le atacaría al día siguiente, y que el príncipe de Schwarzenberg, á tenor de una máxima antigua y muy en boga entre los cuerdos capitanes diría que *á enemigo que huye, puente de plata*. Entonces podría desfilar por medio de Leipsick de un modo imponente, cambiando su base de operaciones, sin ser vencido. ¡Vana esperanza, de que su espíritu sentía necesidad suma y que le alimentó durante algunas horas!

En tal estado ideó hacer que se le presentara Mr. de Merfeld, cogido prisionero en Dolitz el día antes, y á quien conocia de antiguo, y que era oficial de gran talento. Con arte le quería sonsacar las disposiciones de los coaligados, dirigirle ciertas insinuaciones enderezadas á la paz, encargarle hasta de una proposicion de armisticio, y despues volverle á enviar libre al campo de los soberanos, para inducirles quizá á perder un día en vacilaciones y provocar de su parte alguna abertura admisible. ¡Vease á qué extremo habia venido por consecuencia de negarse á dar oídos á Mr. de Caulincourt dos meses antes, cuando se negociaba en Praga!

A eso de las dos de la tarde recibió á Mr. de Merfeld, á quien habia devuelto su espada (1). Re-

(1) A pesar de hallarse en el cuartel general, ha su-

cibióle con cortesía, y le cumplimentó relativamente á la tentativa hecha contra el puente de Dolitz, aunque no con buena fortuna; luego le dijo que en memoria de su mérito, de sus antiguas relaciones con el cuartel general francés, le iba á soltar bajo su palabra, lo cual el general austriaco le agradeció sobremanera. Haciendogirar de seguida la conversacion sobre el asunto que le interesaba, preguntóle Napoleon, si á la hora del ataque sabian que se hallaba presente en aquellos lugares. Habiendo respondido Mr. de Merfeld afirmativamente, le dijo Napoleon al punto.—¿Con qué esta vez me queriais dar batalla?—De nuevo respondió monsieur de Merfeld, con respeto, si bien con energía, en tono afirmativo, porque estaban resueltos á terminar mediante una accion sangrienta y decisiva aquella larga lucha.—Napoleon repuso de seguida.—Pero os engañais respecto de mis fuerzas. ¿De

puesto Mr. Fain que Napoleon llamó á Mr. de Merfeld y le restituyó su libertad el 16 de octubre por la noche. Otros muchos escritores han reproducido este error porque suministra una explicacion y una excusa naturalísima en punto á la pérdida del dia 17. En tal caso Napoleon habria esperado durante este dia una respuesta á sus proposiciones. Ahora bien, la publicacion de la conversacion de Mr. de Merfeld, debida á Mr. de Westmoreland, todavía recientemente embajador en Viena, y entonces empleado en la legacion británica cerca de los coaligados, hace que este error se destruya. En el documento publicado menciona Mr. de Merfeld el dia y la hora, y fija su entrevista el 17 de octubre á las dos de la tarde. Como no se puede presumir que tuviera interés en alterar semejante circunstancia, la suposicion de los que dan por tenida esta conversacion el 16 de octubre por la noche, queda destruida con todas las consecuencias que pretenden sacar de ella.

cuántos soldados creeis que dispongo?—De ciento veinte mil á lo sumo, replicó Mr. de Merfeld al instante.—Pues ved ahí el engaño; mas de doscientos mil cuento.—Por lo precedente se conoce cuanto se engañaban ambos interlocutores, bien que por ignorancia el uno y por cálculo el otro.—¿Y vosotros, añadió Napoleon, cuántos soldados teneis?—Trescientos cincuenta mil, dijo Mr. de Merfeld.—No distaba mucho de la verdad este guarismo. Habiendo confesado Napoleon que no les suponía tantos, lo cual explicaba sin duda la situacion en que se habia puesto, añadió con sangre fría y aire de buen humor:—¿Y mañana pensais atacarme?—Mr. de Merfeld contestó con igual aplomo que los coaligados lidiarian infaliblemente al otro dia, resueltos como estaban á comprar su independencia al precio de toda su sangre.—Disimulando Napoleon la impresion que le hizo esta especie, varió el giro de la conversacion, y dijo á Mr. de Merfeld.—Muy seria se hace esta lucha. ¿No la hemos de pover término? ¿No pensaremos en celebrar la paz?—¡Ojalá V. M. la quiera, exclamó el general austriaco. ¡Nosotros no queremos otro galardón de nuestros esfuerzos! ¡Por la paz combatimos tan solo! Si V. M. la deseara, ya la hubiera tenido en Praga desde hace dos meses.—Alegando aquí Napoleon falsas excusas, supuso que en Praga no se le trató con franqueza; que se obró sutilmente, aspirando á encerrarle en un círculo fatal; que esta manera de tratar no le pudo convenir de ningun modo; que Inglaterra no queria la paz; que llevaba de la mano á Rusia y á Prusia; que lo mismo llevaria al Austria, y que á esta potencia cumplia trabajar por la paz, si la anhelaba sinceramen-

te.—Después de expresar Mr. de Merfeld que hablaba por su cuenta y sin misión que le autorizara, lo cual era exacto, si bien esto no impedía que se hallara al cabo de todo, sostuvo que Inglaterra deseaba la paz; que necesitaba de ella; y que si Napoleón sabía hacer los sacrificios necesarios á la felicidad del mundo y de Francia, la paz se celebraría sin demora.—Sacrificios, exclamó Napoleón, estoy pronto á hacerlos, y para dar á entender que solo había mostrado empeño por conservar ciertas porciones de Alemania, á título de rehenes, y para asegurarse de la restitución de sus colonias, añadió estas palabras: Restitúyame Inglaterra mis colonias, y le restituiré el Hannover.—Habiendo indicado Mr. de Merfeld que esto no era bastante, soltó Napoleón una especie que, pronunciada en el congreso de Praga, cambiara su suerte y la nuestra, diciendo.—Restituiré las ciudades anseáticas, si es necesario...—Desgraciadamente ya era tarde. Kulma, el Katzbach, Gross-Beeren, Dennewitz, Wachau, habían hecho insuficiente este sacrificio. Mr. de Merfeld expresó la opinión de que, para obtener la paz de Inglaterra, habría que consentir en el sacrificio de Holanda. Napoleón alteróse mucho, manifestando que en manos de Inglaterra sería Holanda un medio de despotismo marítimo, pues sabía de fijo que Inglaterra le quería obligar á reducir el número de sus naves.—Quizá cruzó por algunos espíritus tan singular idea, pero nunca el gabinete británico la consideró formalmente como proponible.—Señor, dijo Mr. de Merfeld, si pretendéis juntar á las vastas riberas de Francia las de Holanda, España é Italia, como ninguna potencia marítima igualaría así á la vuestra, podría

acontecer que se pensara en imponer un límite á la extensión de vuestras escuadras; pero V. M., tan delicado en puntos de honra, sin duda querrá mejor abandonar territorios de que no necesita, que someterse á una condición, de la cual comprendo que rechace hasta la idea.

De esta entrevista pudo Napoleón sacar en claro que, si dos meses antes estuvo en su mano obtener la paz, sacrificando solo el ducado de Varsovia, el protectorado del Rin y las ciudades anseáticas, ahora necesitaria abandonar además la Holanda, la Westfalia, la Italia, si bien esta última á condición de que fuera tan independiente del Austria como de Francia. Sin duda con el Rin, los Alpes y los Pirineos, aun quedaba Francia bastante hermosa, y tanto como podia desearse. Al parecer admitió Napoleón acerca de todos estos objetos que, al celebrarse la paz general, había que consentir en grandes sacrificios, y hasta manifestóse mas inclinado á concederlos que lo estaba realmente. Pero la paz le ocupaba mucho menos que la esperanza, vaguísima por desdicha, de un armisticio. A esta conclusion hubiera querido traer al general austriaco.—No trato, dijo á Mr. de Merfeld, de hablaros de armisticio, porque pretendéis que soy aficionado á ellos, y que constituyen mi táctica militar en parte. Sin embargo, ya ha corrido mucha sangre, y va á correr mucha mas todavía, y si diéramos un paso atrás todos, los rusos y los prusianos hasta el Elba, los austriacos hasta las montañas de Bohemia, los franceses hasta el Saale, dejaríamos respirar á la pobre Sajonia, y podríamos tratar formalmente de la paz desde esta distancia.—Mr. de Merfeld respondió que los aliados no ad-

mitirían el Saale por línea del armisticio, porque esperaban ir hasta el Rhin en el próximo otoño. — ¡Retirarme hasta el Rhin! repuso Napoleón con arrogancia; para eso se necesitaria que hubiese perdido una batalla, y aun no he perdido ninguna. Sin duda podrá sucederme, porque la suerte de las armas es variable, muy bien lo sabeis, Mr. de Merfeld (este fué á implorar armisticios despues de Loeben y de Austerlitz); pero aun no me ha sucedido tal desventura, é interin no pierda una batalla, no os abandonaré la Alemania hasta el Rhin... — Marchad, añadió Napoleón, os concedo la libertad bajo vuestra palabra; es un favor que otorgo á vuestro mérito, á nuestras antiguas relaciones, y si de lo que os he dicho podeis sacar algo para promover una negociacion, ó al menos una suspension de armas que deje respirar á la humanidad, me hallareis dispuesto á escuchar vuestras proposiciones. —

Esta singular entrevista, en que se ve el arte que Napoleón tenia para dominarse cuando queria, tuvo por objeto, segun se adivina, saber á punto fijo lo que podia esperar de los coaligados al dia siguiente, y dar origen, si era posible, á alguna vacilacion entre ellos, pronunciando palabras respecto de la paz que nunca habian salido de su boca. Si estuvieran maltratados como Napoleón los suponía, y maltratados lo estaban mucho, aunque quebrantados de ningún modo, podian hallar en tales palabras los coaligados una razon para entrar en parlamentos, y Napoleón el tiempo necesario para cambiar de posicion.

No hizo el fin del dia mas que reflejar sobre esta situacion nuevas y tristes luces. Se vieron apa-

recer fuertes columnas por el camino de Dresde, engrosándose las filas del ejército de Schwarzenberg de una manera considerable. Desde lo alto de las torres de Leipsick se distinguió á las claras al ejército de Bernadotte, que llegaba por el lado del Norte. Se hallaba el horizonte inflamado por mil fuegos. Casi estaba cerrado el círculo en rededor de nosotros al Sur, al Oeste y al Norte. Ya no habia mas que una salida abierta, y era la del Este, por entre la llanura de Leipsick, á causa de que hasta entonces no habia logrado Blucher extender su brazo hacia el príncipe de Schwarzenberg por este punto. Pero la tal salida, única que teniamos expedita, llevaba al Elba y á Dresde, donde no era tiempo de ir ahora. Haciendo Napoleón un postrer esfuerzo sobre sí propio, abrazó al fin el partido de la retirada, partido que le mortificaba cruelmente, no solo bajo el aspecto del orgullo, sino bajo otro aspecto de mayor monta, el del cambio de aptitud, y sobre todo el del sacrificio de ciento setenta mil franceses, dejados sin socorro y casi sin medios de salvacion junto al Elba, el Oder y el Vistula.

Por desgracia se decidió demasiado tarde y de una manera harto incompleta. En lugar de una retirada francamente resuelta, y calculada por tanto en todos sus pormenores, debiendo empezar la noche del 17 y hallarse terminada el 18 por la mañana, quiso una retirada imponente, que casi no lo fuera, y se ejecutara á la luz del dia. Acordó que á mitad de la noche, esto es, á las dos de la madrugada, se retrogradara concéntricamente sobre Leipsick y en el espacio de una legua; que Bertrand con su cuerpo y Mortier con una parte de la Joven Guardia fueran por Lindenau á asegurarse del ca-

mino de Lutzen; que á la punta del dia desfilara por dentro de Leipsick un cuerpo tras otro, rechazando enérgicamente al enemigo que se atreviera á atacar á nuestras retaguardias. Semejante marcha, sacándonos de una situacion falsa, tendria asi el aspecto mas bien de un cambio de línea que de una retirada.

Aun se creia Napoleon tan imponente que no imaginaba que se pudiera perturbar tal retirada. Aun lo era mucho sin duda, pero contra la pasión embriagada de repentinas esperanzas, nada hay imponente, y una pasión de esta clase era la que á la sazón animaba á los coaligados. Tales fueron las resoluciones de Napoleon para la noche del 17 al 18 de octubre.

Lo acontecido durante el dia entre los coaligados, no correspondia á las ilusiones con que habia lisonjeado su desventura. Su primera intencion fué pelear sin tregua, hacer morir hombres sin tasa, hasta que se lograra vencer la resistencia de los franceses, y con tal propósito ni aun motivo habia para estarse quietos. No obstante, las noticias que lograron del Norte de Leipsick, les revelaron que el príncipe de Schwarzenberg podia entrar en línea, si se le proporcionaba un dia mas de tiempo. Otra noticia no menos importante les llegó de los alrededores de Dresde. Delante de esta ciudad se habian dejado á la division rusa de Sherbatow y la division austriaca de Bubna sobre la derecha del Elba, y todo el ejército de Benningsen con el cuerpo de Colloredo, á la orilla izquierda del propio rio. Cerca de setenta mil hombres eran muy inutilmente empleados en contener á un cuerpo francés, al cual bastaba observar y de quien no

habia que temer cosa alguna. Habiéndose aprovechado de las lecciones de Napoleon, que enseñó á todos los generales del siglo el arte de reunir sus tropas en el punto donde eran de mas provecho, se previno al general Benningsen que dejara el cuerpo de Tolstoy delante de la capital de Sajonia, y marchara sobre Leipsick con el suyo. Igual orden se comunicó al cuerpo de Colloredo y á la division de Bubna. Para la caída de la tarde se anunciaba el arribo de estos cincuenta mil hombres. Cincuenta mil por este lado y sesenta mil por el de Bernadotte, componian un refuerzo de ciento diez mil soldados, de los cuales fuera imprudentísimo privarse. De consiguiente no habia para que mostrarse avaros del tiempo que tan provechoso debia ser para los aliados y tan poco para los franceses, y nada se podia hacer mejor que dilatar un dia mas el ataque decisivo. Los soldados, que tan valerosamente lidiaron el dia 16, tomarian algun descanso el 17, y no aprovecharia este descanso á los soldados de Napoleon, harto inteligentes para no comprender el peligro cada vez mas creciente en torno de ellos, y á quienes mas debia afectar que reponer la prolongacion de una situacion semejante. Por estas razones, todas excelentes para nuestras desventuras, determinó aplazar hasta el 18 la última batalla (1). La llegada de Mr. de Merfeld

(1) Los escritores decididos á no ver en los reveses de Napoleon otra cosa que la traicion de sus aliados ó la debilidad de sus lugartenientes, como si la traicion de los aliados y la debilidad de los lugartenientes no emanaron de faltas graves, han supuesto que los generales de la coalicion no querian pelear el 17 ni el 18, si bien se determinaron á ello la noche de este dia, al saber la proyecta-

por la tarde, sus relaciones minuciosas no conmovieron á nadie, y antes bien revelaron á todos la penuria que habia arrancado á Napoleon especies tan nuevas. No detenerse hasta el Rhin fué la resolución general.

Aunque, no tomadas al Norte de Leipsick las determinaciones tan de concierto, no propendieron menos á igual designio. Acosado el principe de Suecia por los violentos cargos del ministro de Inglaterra, que tachaba su inaccion de perfidia; por las manifestaciones de sus diversos estados mayores, y especialmente por las instancias de los oficiales suecos, en quienes los campos de Leipsick despertaban patrióticas memorias, acabó por emprender la marcha el 17 de octubre y por tomar posicion detrás de Blucher, á quien pidió una en-

da traicion de los sajones, en cuyo caso hubiera calculado Napoleon con exactitud infalible. Efectivamente, permaneciendo un dia mas en posicion, se retirara sano y salvo en aptitud de vencedor, y solo la traicion de los sajones pudo impedir que este calculo se realizara. Semejante suposicion tiene tan poco fundamento como todas las demas de la misma clase. Mrs. de Wolzogen y Cathcart, presentes en los cuarteles generales de los coaligados, nos han revelado el pormenor de las resoluciones de ellos, y hoy se sabe que estaba determinado el ataque para el 17, y que solo se aplazó hasta el 18 por la llegada de nuevos refuerzos. Además, si de antemano se conocia la traicion de los sajones, solo seria en el cuartel general de Bernadotte, donde la prepararon los sajones que allí tomaron refugio; pero se ignoraba por completo en el cuartel general de los tres soberanos. Estas invenciones, cuyo objeto no se dirige á probar el genio prodigioso de Napoleon, que nadie puede poner en duda, sino su infalibilidad, son, pues, contrarias á la verdad y carecen de todo fundamento.

trévista. Excusóla éste, sabiendo lo que el principe deseaba que hiciera, y determinado á no consentirlo. Se trataba de pasar atrevidamente el Partha, á fin de completar la embestida contra los franceses, y el que lo cruzara antes de dar al principe de Schwarzenberg la mano, podria muy bien sufrir un recio choque. Ahora bien, el principe de Suecia, en esta ocasion como junto al Mulda algunos dias antes, queria que Blucher ocupara el puesto mas peligroso. Causado Blucher, no de peligros, sino de condescendencias respecto de un aliado, de cuya fidelidad se sospechaba tanto como de su energia, respondió que, agotadas por el combate del 16, sus tropas no estaban tan en disposicion de soportar una posicion árdua como las del ejército del Norte, y exigió que Bernadotte fuera á cruzar el Partha sobre la izquierda del ejército de Silesia, y arriesgarse en la llanura de Leipsick delante de Napoleon. Al mismo tiempo se entendió secretamente con los generales prusianos y rusos, que mandaban los diversos cuerpos del ejército del Norte, y les prometió pasar con ellos el Partha al dia siguiente, para pelear contra Napoleon á todo trance, pues Blucher estaba personalmente muy resuelto á tener participacion en la última lucha, pero queria forzar á Bernadotte á tomar una posicion de combate de donde le fuera imposible el retroceso (1). Asi todo estaba dispuesto para que

(1) Citamos el pasage siguiente de Mr. de Wolzogen, donde se describe lo que acontecia en los estados mayores de Blucher y de Bernadotte. Las relaciones de Mr. de Muffling, testigo ocular, son aun de mayor bulto y mas amargas.

«Ya el principe Guillermo, hermano del rey de Pru-

Napoleon tuviera encima trescientos mil hombres. Efectivamente, los coaligados contaban de doscientos veinte á doscientos treinta mil el 17 de octubre: si habian perdido cuarenta mil en esta jornada, llegándoles cincuenta mil con Benningsen y sesenta mil con Bernadotte, su número total se debía aproximar á trescientos mil combatientes. Por lo que hace á Napoleon, que incluyendo á Reynier, tenia ciento noventa mil tan solo antes de la batalla del 16 de octubre, segun hemos dicho, no debía conservar mas de ciento sesenta ó ciento sesenta y cinco mil el 18, aun contando á los aliados poco seguros que estaban en sus filas.

Por lo demas, conociendo Napoleon esta situacion, abrazó á la caída de la tarde del 17 el partido de retirarse. Por desgracia, segun hemos dicho igualmente, no queria ejecutar una de aquellas retiradas nocturnas, que autoriza el arte de la guerra cuando hay necesidad de que un ejército se libre de un enemigo que le supera, sino una retirada á la luz del dia y á pasos lentos, de modo de

sia, habia decidido al príncipe vacilante á tomar parte formal en la batalla, y despertado amistosamente su atencion sobre el punto de que la opinion de las tropas rusas y prusianas que militaban á sus órdenes le era muy desfavorable, y llegaban hasta el extremo de dudar de su valor personal, y de su leal voluntad de obrar eficazmente en interés de la causa comun de los aliados. Esta confianza, asi como las observaciones del general Aderkrentz, su gefe de estado mayor general, sobre que los suecos, lejos de quedarse á la espalda, querian sostener su antiguo renombre sobre los campos donde Gustavo Adolfo habia peleado tan gloriosamente, ejercieron una influencia decisiva sobre la resolucion de Carlos Juan, segun se tiene por seguro.»

conservar una aptitud imponente, y de cruzar el largo desfiladero de Leipsick á Lindenau sin estorbo, desfiladero que consistia en una porcion de puentes echados sobre los brazos divididos del Pleisse y del Elster. Con efecto, ya estaba en pie á las dos de la madrugada, expidiendo sus órdenes que fueron las siguientes. Todos los cuerpos que habian peleado al Sur, esto es, Poniatowski, Augereau, Victor, Lauriston, Macdonald, la Guardia y el 1.º, 2.º, 4.º y 5.º de caballería, debian retroceder una legua é ir á formar en torno de Leipsick sobre la meseta de Probstheyda un círculo mas estrecho, y por consiguiente casi invencible. Si les seguia el enemigo, se le echarian encima y le arrollarian á lo lejos. Al Norte y al Este, Marmont, que despues del combate de Mockern, habia vuelto á pasar el Partha, se reconcentraria de Schonfeld á Sellerhausen. Ney, que con Reynier llegado la tarde del 17, formaba la prolongacion de la línea de Marmont, debía replegar su derecha á la espalda hasta que encontrase la izquierda de Marmont por entre la llanura de Leipsick, y cerrara asi el círculo que iba á describir el ejército de los franceses. Entonces el enlace solo existente entre Ney y Macdonald por medio de la caballería, se estableceria con una línea continua de tropas de todas armas, ocupando las aldeas de Paunsdorf, Melckau, Holzhausen y Liebert-Wolkwitz. Desde este instante el círculo extendido á cinco ó seis leguas, se reduciria á dos á lo sumo y muy sólido por todas partes. Al Este y al Norte se debía retroceder como al Sur despacio, destrozando al enemigo que apretara mucho, é ir á deslizarse por dentro de Leipsick á la calzada de Lindenau, en el caso de no ser per-

seguidos. Pero habia que abrirse esta calzada. Durante el dia 16 habia conservado Margaron la aldea de Lindenau, situada á la extremidad de los puentes del Pleisse y del Elster. Napoleon confi6 al general Bertrand el cuidado de cruzar por Lindenau, de desembocar en la llanura de Lutzen, de atropellar á todo enemigo que hallara al paso, y de penetrar así hasta Weissenfels sobre el Saale. De refuerzo le di6 la division francesa de Guillemillot, puesta antes á las 6rdenes de Reynier, en union de la division de Durutte, con el designio de colocar á los sajones entre dos divisiones francesas. El general Rogniat tuvo 6rden de marchar con los ingenieros de la Guardia, á fin de ir á echar nuevos puentes sobre el Saale por mas abajo de Weissenfels. Margaron y Dombrowski fueron encargados de la defensa de Leipsick, tocando lo interior al primero, y la parte de afuera hasta Schonfeld, donde se hallaba Marmont y donde empezaba por consiguiente la linea de Ney, al segundo. Como Margaron podia no ser bastante, priv6se Napoleon de la division de la J6ven Guardia, mandada por Mortier, y la envi6 á Leipsick mismo. Los parques y los bagages inútiles recibieron la 6rden de emprender inmediatamente la marcha, para que ya hubiesen desfilado cuando las columnas del ej6rcito llegaran á los puentes. Todo estaba en movimiento á las tres de la madrugada con un tiempo oscuro y lluvioso, y los cajones que se quemaban 6 se hacian saltar por falta de tiros para llevarlos, añadian siniestros fulgores y mas siniestras detonaciones á esta retirada. Nada probaba mas de lleno que no se queria hacer una retirada clandestina, y que siempre nos quedaba en medio de la derrota el orgullo mal en-

tendido de la victoria, bien que la derrota no fuese del campo de batalla, mas si de la campana, cosa por desgracia todavía mas grave.

Despues de expedir Napoleon sus 6rdenes, fué en persona al arrabal de Reudnitz al lado de Ney, para explicarle de viva voz sus designios (1). Entre otras instrucciones le dejó la de proveer á la seguridad del gran cuartel general, que se habia quedado atrás en el camino de Duben á Leipsick. Este gran cuartel general, que comprendia todas las administraciones, y el tesoro del ej6rcito sobre todo, el parque de ingenieros, parte del parque general de artillería, el tren de puente, habia sido llevado hasta Eilenburgo, y habiendo querido seguir á Reynier luego, se lo impidi6 la presencia del enemigo. Napoleon le envi6 á decir que, si no podia incorporarse, se replegara sobre Torgau y se encerrara en esta plaza; triste recurso que no debia retardar su p6rdida mas que algunos dias, á no ser que un armisticio llegara á salvar á las guarniciones de las plazas.

Expedidas estas 6rdenes, traslad6se Napoleon á Leipsick, donde comunic6 sus miras á sus otros generales, y muy de mañana retorn6 á su bivaque, al centro de las filas de su ej6rcito principal, que de muchos dias atrás no habia abandonado.

Grande impresion lizo al coronel de ingenieros Montfort, que reemplazaba al general Rogniat en-

(1) Con brevedad, si bien con exactitud, tenemos consignadas estas intenciones en una carta del mariscal Ney al general Reynier, fechada á las cinco de la mañana, y en la cual dice el mariscal que Napoleon habia ido á obrar y á mandar á su lado, esto es á Reudnitz, donde tenia su cuartel general.